

El club de la gravera

~~+ DE 100
MENTIRAS~~



CROSS
BOOKS

El club de la gravera

**+ DE 100
~~MENTIRAS~~**

Una novela de Antonio J. Cuevas

Basada en los personajes de + De 100 Mentiras,
una idea original de Jorge Alonso y Nico Frassetto



Crossbooks

un producto de

flooxer

infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Basada en una serie de Flooxer, disponible en Atresplayer
+DE 100 MENTIRAS es una licencia de ATRESMÉDIA CORPORACIÓN
para EDITORIAL PLANETA.

© 2018. ATRESMÉDIA

© del texto: Antonio J. Cuevas, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: noviembre de 2018

ISBN: 978-84-08-20005-5

Depósito legal: B. 24.269-2018

Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

@Angela

La fiesta en el parque había sido un éxito, como todas las que improvisaba Ángela. Ya apenas quedaban dos o tres parejitas repartidas por los bancos, los chicos del equipo de baloncesto riendo a pleno pulmón, un rastro de vasos de plástico, botellas y bolsas vacías, y Ángela y Joel.

Ángela y Joel despertaban la envidia de la mayoría de las chicas y los chicos del instituto. Parecía imposible imaginar una pareja más perfecta.

Ella no conocía la palabra *aburrimiento*. Llenaba cada momento con su contagiosa risa y sus planes alocados. No dudaba en ir a clase con la ropa más provocativa a pesar de que Francisco, el director, le hubiera llamado la atención varias veces. Las reprimendas la afectaban tanto como la brisa a un muro de hormigón. Hacía lo que le daba la gana, cuando le daba la gana. Y encima, salía con uno de los chicos más deseados del insti.

Joel llamaba la atención por su mirada inquietante, sus labios carnosos y su cuerpo modelado a base de horas y horas de entrenamiento. Casi nadie dudaba de que pronto se convertiría en una figura en el mundo del boxeo. Caminaba pisando firme y muy

seguro de sí mismo. Ningún otro chico se atrevería jamás a toserle.

Ángela tiró de la mano de Joel y lo guio hacia su rincón favorito, ese en el que tantas veces lo habían hecho. Iba a ser el colofón perfecto para una noche perfecta.

—No he traído condón —dijo Joel.

—No te preocupes, yo sí. —Ángela podía ser aloca y espontánea, pero había cosas con las que no jugaba.

En cuanto le echó los brazos al cuello, ella notó la tensión de Joel. Le acarició el lóbulo de la oreja, como sabía que le gustaba, pero Joel continuaba distante. Le besó el cuello. Joel apoyó sus manos en la espalda de Ángela y la acarició. Ángela se apretó contra él y tocó su pantalón. Su beso todavía no había comenzado a funcionar.

Joel la apartó con suavidad.

—No puedo.

—Vale, no pasa nada. Lo dejamos para mañana.

Joel tomó aire. Ángela se fijó en su mirada temerosa y no necesitó más para intuir lo que iba a decirle. Como no le gustaba ir a rebufo de nadie, se adelantó.

—Vas a cortar conmigo, ¿verdad?

Joel asintió.

—Bueno, me lo veía venir.

—¿En serio? Creo que no, no es por nada que hayas hecho...

—Lo sé... «No es por ti, es por mí.» Sale en todas las pelis románticas que se traga mi hermana.

—El caso es que esta vez es verdad, y no creo que nuestra historia fuera protagonista en ninguna de esas pelis. Como mucho, en una porno.

Ángela se rio de buena gana.

—Creo que ni en esas. Tampoco es que hayamos batido ningún récord —dijo Ángela mientras Joel le cogía la mano.

Joel llevó a Ángela hasta un banco y le pidió que se sentara con aire misterioso.

—Si no fuera porque acabamos de cortar, pensaría que vas a arrodillarte y a pedirme que me case contigo.

—Jamás se me ocurriría hacerlo.

—Lo sé —aventuró Ángela—. Eres gay, ¿verdad?

Joel la miró fijamente antes de responder. Ángela se arrepintió de haberlo dicho. No porque pensara que no era cierto, sino porque tenía que haberle dejado a él dar la noticia. Era su noticia. Era su momento. Su manía de adelantarse a todo a veces no resultaba muy apropiada.

—¿Tanto se me nota?

—Qué va. No se te nota en absoluto. Vamos, conmigo no se te notaba nada, pero... No sé, que de vez en cuando me llamas *Ramón* cuando lo hacíamos...

—¿Te he llamado Ramón?

Ángela comenzó a reír a carcajadas y Joel se dio cuenta de que había picado como un pardillo. Se rio también y le soltó un beso en los morros. No hacía falta que dijeran más. Ambos sabían que iban a seguir compartiendo su amistad para toda la vida.

@Irene

A pesar de sus dieciséis años, a Irene le gustaba revivir su pasado de vez en cuando. Sentada entre sus dos madres, veía en la *tablet* uno de los anuncios que Irene había protagonizado cuando tenía tan sólo seis años. Los publicistas habían jugado con su raza para hacer un contraste entre el helado de nata que tomaba y su piel negra. Desde luego, no se habían roto la cabeza. Aun así, el anuncio había tenido cierto éxito, y durante un tiempo la gente la reconocía por la calle y le cantaba el pegadizo y estúpido estribillo: «Nata bombón, el helado resultón».

Su breve carrera como modelo infantil no duró demasiado. No porque no tuviera dotes para continuar. Ni porque sus madres se negaran a que siguiera. Al contrario, Ana y Lola siempre la habían apoyado en todo lo que se proponía iniciar.

Ahora que empezaba a ser mayor, sospechaba que lo habían hecho porque para ellas la felicidad de su hija constituía uno de los objetivos principales de su vida, mucho más que en cualquier familia convencional. Una pareja de lesbianas sabía lo que era vencer obstáculos. Si se decidieron a adoptar una niña de Ruanda, no se trataba de un capricho. En esa adopción

pusieron todo el amor que eran capaces de dar. Irene se lo agradecía cada vez que tenía la oportunidad.

—Me lo pasé de vicio grabando este anuncio. Gracias por dejarme hacerlo.

—Qué gracias ni desgracias, tonta mía —respondió Lola—, anda que no presumíamos nada de ti.

—¿Presumíamos? —A Irene a veces le gustaba picarlas—. ¿Ya no?

—Hija, qué cosas dices... —Lola solía entrar fácilmente al trapo.

—Claro que ya no, ahora queremos que tú presumas de nosotras. —Ana, sin embargo, siempre sabía cómo responderle, a lo mejor porque a la policía no es fácil engañarla.

—Quién sabe dónde estarías ahora si hubieras seguido haciendo anuncios.

Irene recordaba las colas para los *castings*, los padres y madres exigiendo a sus hijos que triunfaran, las miradas por encima del hombro a sus dos madres, el repetido comentario aparentemente bienintencionado de la señora de turno: «¿Adoptada? Qué suerte, seguro que te libraron de algo muy malo». Incluso con siete años, Irene comprendió que aquel mundo no le iba a aportar nada. Sus madres aceptaron su renuncia del mismo modo que habían aceptado su iniciativa.

El móvil le vibró. Irene se levantó del sofá para mirar de qué se trataba. Su última publicación en Instagram, un vídeo muy breve de ella misma lanzando

un saludo y un beso a sus *followers* había superado las mil reproducciones. Y lo había subido esa misma mañana. Esta nueva forma de comunicación, en la que ella controlaba los contenidos, resultaba mucho más acorde con su personalidad. Tal vez si conseguía triunfar en las redes sociales podría llegar a convertirlo en su modo de vida. Ana la sacó de sus ensoñaciones.

—¿El Instagram?

—Sí, mamá. Mil visualizaciones de mi último vídeo.

—Muy bien, pero ya sabes lo que opino.

Ana le había dado la tabarra un millón de veces, si no más, sobre los peligros de las redes, sobre los casos que ella misma había tenido que atender de ciberacoso, sobre la dificultad para hacer desaparecer contenido, sobre la huella digital y sobre tantas cosas que Irene acababa siempre pensando en qué se iba a poner mañana mientras su madre seguía dale que te dale.

Alguien de sus contactos subió en esos momentos una foto de una fiesta en el parque. Se lo estaban pasando bien. Ella hubiera puesto otro filtro, pero la foto no estaba mal. Se fijó en que en segundo término aparecía Ángela, seguro que era ella la que la había organizado. Lo cierto es que no envidiaba nada a los que estaban allí. Esa noche, ella prefería la compañía de sus madres.

De todas formas, se hacía tarde. Se despidió de Ana y de Lola, y se metió en su dormitorio. Se puso su pijama, se miró al espejo para ver cómo le queda-

ba, se ahuecó un poco el pelo con la palma de las manos y se hizo un *selfie*; le puso el filtro Rise, le aumentó el brillo, le bajó el contraste y lo subió al Instagram con el texto: «Que los #sueños de tus noches te acompañen todos tus días. #BuenasNoches». Ese tipo de frases tenía mucha aceptación entre sus seguidores.

Volvió a mirarse en el espejo. Sin filtros tampoco estaba nada mal.

@Lara

Lara había preferido no ir a la fiesta que había organizado su hermana, Ángela. Sabía que se lo habría pasado bien y que habría echado más de una y más de dos risas. Pero su madre no se había encontrado bien durante todo el día y alguien tenía que quedarse con ella. Ni siquiera llamó a su amiga Irene para avisarla. Estaba segura de que si ella no iba, Irene tampoco.

Le dolían los ojos de estar tanto tiempo ante el ordenador, y ya no sabía qué más mirar. Estaba navegando un poco por la propia inercia de navegar. Nada de lo que veía le llamaba de veras la atención. Decidió que era buen momento para tumbarse en la cama a leer un rato la última novela de Blue Jeans.

Antes de coger el libro, se acercó al salón a ver a su madre. La encontró frente a la tele sentada en una mala postura en el sofá.

—¡Mamá! ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

Consuelo, su madre, padecía espondilitis anquilosante, un tipo de artritis en la columna vertebral que le provocaba graves dolores en la espalda y muchas dificultades para moverse. Cuidar la postura al estar sentada o acostada era fundamental para minimizar el impacto de la enfermedad. Sin embargo, su madre

era muy mala enferma y confiaba todo su bienestar en el efecto de los medicamentos.

Lara ayudó a su madre a sentarse correctamente y volvió a explicarle cómo tenía que hacerlo.

—Da igual, hija. Apaga la tele, lo que quiero es acostarme.

Consuelo agarró su bastón y se apoyó con la otra mano en el hombro de su hija. Despacio, llegaron hasta el dormitorio de matrimonio en el que ya sólo dormía su madre. Su padre había desaparecido pocos meses después de que la enfermedad de su madre se agravara. Cada vez que la veía postrada en la cama, sin capacidad para nada más que para quejarse, él se encerraba en sí mismo y salía a fumar a la calle. En una de aquéllas, no regresó.

Su madre se tomó la pastilla de antes de dormir y dio un beso a su hija en la frente.

—Gracias, Lara. Eres un sol.

—Ponte de lado, mamá. Te voy a dar calor con la lámpara.

—No hace falta, con un poco de crema me vale.

Lara cogió la crema antiinflamatoria de la mesita y se la aplicó como hacía casi todas las noches. Los días en que su madre se encontraba más rígida le hacía tomar, además, una pastilla extra, pero hoy no la iba a necesitar.

—No te olvides de la postura para dormir.

—Que sí, doctora —bromeó su madre—. ¿Me avisarás cuando llegue tu hermana?

—No te preocupes, mamá. Yo te despierto.

—¿Sabes dónde está?

—En una fiesta. Hace poco me llegó una foto.

—Siento que tú no hayas podido ir.

—No me importa, mamá. Anda, descansa.

Regresó a su habitación, cogió la novela y se tumbó en la cama. No sabía a qué hora llegaría su hermana. Daba igual. Aunque apareciera a las tantas de la madrugada, su madre no iba a reprocharle nada. Siempre se lo permitía todo.

Con dieciséis años, Lara era la menor de las dos hermanas, con sólo un año de diferencia, pero desde que su padre las había abandonado, había tomado las riendas de la familia. No le importaba, aunque en los últimos tiempos había empezado a sentir el peso de tanta responsabilidad.

Cuidaba a su madre con todo su corazón y adoraba a su hermana más que a nada ni a nadie en el mundo, lo que echaba en falta es que alguien se interesase por aquello que le preocupaba a ella.

¿Qué ocurriría si decidiera de repente dejarlo todo? ¿Sería su madre igual de tolerante que con Ángela?

Qué tontería pensarlo siquiera. Ella siempre iba a estar ahí para su madre y para su hermana mayor. Si creyera en la fatalidad, ése sería su destino en este mundo.

Pero no creía.

@Joel

Joel regresó a casa feliz. La noche anterior había dormido mal, nervioso ante la idea de revelar su secreto a Ángela. Ahora sentía que debía haberlo hecho mucho antes. Por fin, habría alguien con quien compartir sus verdaderas inquietudes. Tenía muchas ganas de chismorrear con Ángela sobre otros chicos. Sonrió ante la perspectiva. Su ya exnovia era la primera persona que sabía que era homosexual. Bueno, su exnovia y aquel francés con el que se había enrollado en la playa en las vacaciones del año pasado.

Giró muy despacio la llave y entró en casa a cámara lenta y sin encender la luz. No sirvió de nada. Su padre lo esperaba despierto.

—¿Se pueden saber qué horas son éstas?

—Tranquilo, papá. Estuve en una fiesta, era una ocasión especial...

Su padre acercó su cara a pocos centímetros de la de Joel.

—¡Apesta a alcohol!

—No exageres, papá. Sólo me he tomado dos copas.

Su padre apretó las mandíbulas, señal de que estaba muy enfadado. Para Nicolás, el alcohol no entraba en la carrera profesional de un boxeador, y él se había

empeñado en que su hijo llegara muy lejos en aquel deporte. Le obligaba a seguir una dieta estricta, a no faltar a ningún entrenamiento y a apuntarse a todos los campeonatos de cadetes que se celebraran cerca de su ciudad.

—Mañana te levantas a las seis y salimos a correr. Si vales para trasnochar, vales para madrugar.

¿Cuántas veces le había dicho su padre frases de ese tipo? Desde que se quedara viudo, se había encargado de él con total dedicación, eso no podía negárselo, pero tenía la sensación de que se lo había tomado como una obligación, como un trabajo que debía cumplir. Eran muy escasas las ocasiones en que Nicolás demostraba la más mínima señal de cariño hacia su hijo. A su dedicación absoluta se añadía el empeño de que Joel cumpliera el sueño que él no había podido cumplir: triunfar en el mundo del boxeo.

—Joder, papá, no me ralles. Para una vez que llego tarde.

—¡Ni una, ni media!

Sólo consiguió que su padre explotara por fin. Le gritó, lo llamó *inútil*, lo amenazó con quitarle la paga, lo castigó sin salir en el próximo mes... En fin, lo mismo que tantas otras veces.

Por lo general, Joel escuchaba estas reprimendas en silencio, bajaba la cabeza como si le importaran y se retiraba. Pero hoy no, hoy venía contento, dispuesto a disfrutar de la paz interior que había conseguido en la charla con Ángela. No podía permitir que su

padre le arrebatara esa sensación. Apretó los puños y echó la mano izquierda hacia atrás. Nicolás se calló al instante.

Joel apretó su mandíbula. Odiaba parecerse tanto a su padre. A veces se miraba en el espejo y más allá de los rasgos físicos, reconocía gestos y movimientos idénticos. Incluso se parecían en el tono de voz. Bajó el puño y corrió a encerrarse en su habitación.

Se tiró en la cama y sacó su móvil para enviar un wasap a Ángela.

«¿Estás despierta?»

El doble *check* no tardó en ponerse azul.

«¿Tú qué crees?»

Ángela tomó la iniciativa y siguió escribiendo.

«Me lo estás pasando genial contigo. Espero que repitamos»

«Como supuesto. eres la mejor exnovia que he tenido. y puedes ser la única 😊»

Siguió wasapeando con ella hasta que su padre llamó a la puerta de la habitación.

—¿Qué quieres? —preguntó Joel molesto.

—Anda, duérmete ya. Mañana tenemos que correr.

No existía manera de librarse del futuro que Nicolás había elegido para él.